

sitiados sin comunicaciones y sin socorros y los obligó á capitular. Convino Montpensier en que si en el plazo de treinta dias no recibia socorro, entregaria no solo á Atella, sino todas las plazas del reino de Nápoles dependientes de su gobierno, á escepcion de Gaeta, Venosa, Tarento, y las que defendia Aubigny: que le serian suministradas las naves suficientes para trasportar á Francia sus soldados; que los mercenarios extranjeros podrian volverse libremente á sus casas, y que se concederia un indulto general á los napolitanos que habian seguido sus banderas si en el término de quince dias reconociesen á su antiguo rey (24 de julio, 1496). Esta capitulacion, que Felipe de Comines calificó de tratado vergonzoso, cotejándole con el que los cónsules romanos hicieron en las horcas caudinas ⁽¹⁾, tuvo cumplimiento en cuanto á Atella y otras plazas, porque el socorro no llegó, y Montpensier hizo la entrega convenida. Pero los gobernadores de otras muchas se negaron á ello so pretexto de que su autoridad no dependia del virey sino directamente del rey de Francia, sin cuya orden espresa no se rendirian; lo cual produjo que los vencedores se dieran tambien por relevados de cumplir la capitulacion.

Mal podian haberles ido socorros de Francia á los sitiados en Atella. Por una parte el rey Carlos VIII., como si totalmente se hubiera borrado la Italia de su pensamiento desde que repasó los Alpes, continuaba

(1) Memoires, lib. VIII. chap. 21.

entregado á una vida sensual y estragada, con tanto menoscabo de su fama como detrimento de su salud. Y por otra don Fernando de Aragon, con una actividad que contrastaba grandemente con la molicie del francés, despues de algunos buenos sucesos en la frontera de Narbona, por donde distraia á los de aquel reino, se encaminaba á Gerona con gente y con ánimo de escarmentar á Carlos si por acaso se acercaba al Rosellon, segun pregonaba. Desgraciada suerte y triste remate tuvieron los comprendidos en la capitulacion de Atella. Trasladados á Baia, Pozzuolo y otros lugares de la costa, la insalubridad del clima y los excesos á que imprudentemente se entregaron, produjeron una epidemia que los arrebató á centenares. Uno de los que alli sucumbieron fué el duque de Montpensier, Giliberto de Borbon. de cinco mil franceses que habian salido de Atella, solo llegaron á su pais quinientos. Los mercenarios alemanes y suizos padecieron tambien todo género de miserias; y el capitán Virgilio Ursinos y los señores de su casa, entregados al pontífice que les reclamó para vengarse de aquella ilustre familia, sufrieron las iras del papa Alejandro, que satisfizo su encono arruinando á unos y teniendo en prision perpétua á otros. Asi se deshizo á un solo amago de Gonzalo de Córdoba aquel ejército que habia dominado á Nápoles y amenazaba enseñorear toda la Italia.

El Gran Capitan fué inmediatamente enviado otra

vez por el rey de Nápoles á Calabria, donde el inteligente y diestro Aubigny, á pesar de sus padecimientos físicos, aprovechando la ausencia de Gonzalo habia vuelto á recobrar casi todas las plazas perdidas. Mas toda la prosperidad del francés desapareció de nuevo y rápidamente á la presencia del general español. Su fama y su nombre ejercian un poder mágico. Las plazas se le rendian sin defenderse; los soldados italianos se pasaban á sus banderas, haciendo alarde de servirle sin sueldo; ayudándose oportunamente de los conocimientos y del valor de los dos hermanos Cerbellones, Gonzalo corrió la provincia venciendo por todas partes; y convencido Aubigny de la imposibilidad de contener ni resistir aquel torrente, tuvo por buen acuerdo desamparar la provincia y salir del reino, quedando Gonzalo dueño de Calabria, y dándosele ya poco por tal cual poblacion que aisladamente se mantenía en poder de los franceses.

Fernando de Nápoles abrigaba el deseo y andaba ya en preliminares de concertarse con Francia por temor á las miras de los venecianos y no fiarse mucho de las intenciones del emperador, cuando entró éste en Italia llamado por aquellos. El ejército que llevaba Maximiliano no correspondía á la multitud y á la grandeza de los planes que ostentaba, que eran nada menos que reformar la Iglesia, dar paz á la cristiandad y libertad á Italia, acometer á París, hacer donacion de la Provenza al duque de Lorena, recobrar

el ducado de Borgoña, juntarse en Narbona con el rey de España, marchar con él y con el archiduque su hijo (casado ya con doña Juana, hija de don Fernando y doña Isabel) contra Lyon, coronarse en Roma, llevar la guerra al turco, y otros no menos altos y grandiosos pensamientos. Del cuidado de estos imaginarios planes sacó á Fernando II. de Nápoles la muerte que pronto le sobrevino. En mal hora habia contraído matrimonio este príncipe con una tía suya, casi de su misma edad, de quien hacia mucho tiempo se hallaba prendado. El abuso de los placeres conyugales le produjo una enfermedad que le llevó al sepulcro (7 de octubre, 1496) á los 28 años de su edad y en el segundo de su reinado, con no poco sentimiento de los napolitanos, que habian visto en él un príncipe vigoroso, activo y resuelto, y de ánimo elevado y generoso. Algo, sin embargo, oscureció su gloria el mal trato que dió á los prisioneros franceses, y de que fué víctima el duque de Montpensier, y el sacrificio de la familia de los Ursinos debido á su debilidad por contentar al papa (1).

(1) Llama Guicciardini esta invasion del monarca y del ejército francés, «semilla de innumerables infortunios; porque su pasage no solo fué origen de mutaciones de estados, subyugaciones de reinos, estragos de provincias, despoblaciones de ciudades, atrocidades y muertes, sino de nuevos trages, nuevas costumbres, nueva milicia y nuevas enfermedades.» Epist. lib. 4. Alude ciertamente el histo-

riador italiano á la terrible enfermedad conocida con el nombre de *mal francés*, que dicen haberse desarrollado en Italia en estas guerras, difundida por los de aquella nacion, y que es fama haber sido traída del Nuevo Mundo á la vuelta del primer viage de descubrimiento de Cristóbal Colon.—A pesar de haberse generalizado tanto esta idea, hasta formar una especie de creencia universal, hay sin

Sucedióle por aclamacion de los napolitanos su tio don Fadrique, príncipe que gozaba fama de amable, ilustrado y justiciero, pero de condicion apacible y sosegada, que le hacia mas apropósito para regir un estado en tiempos tranquilos que para defenderle en época de borrascas. Uno de sus primeros actos fué conceder una amnistía á los napolitanos desafectos, con lo cual los mayores enemigos de la casa de Aragon volvieron á su fidelidad confiados en su palabra y buena fé. Púsose el nuevo rey inmediatamente sobre Gaeta, auxiliado del almirante de la armada española, y rindióse aquella ciudad, ocupada por franceses, desesperanzada de ser socorrida. Un dia antes de la rendicion de aquella plaza llegó al campo Gonzalo de Córdoba llamado por el rey, que le recibió con las mas expresivas demostraciones de gratitud, como al libertador de la Calabria y se manifestó resuelto á colmarle de mercedes y de estados. El Gran Capitan no ambicionando otro premio que su gloria, lo rehusó modes-

embargo muchas opiniones acerca de esta terrible paga, vengadora de la incontinencia y de la lascivia. Consideranla unos como una degeneracion de la lepra. No faltan fundamentos á los que afirman que era conocida antes del descubrimiento de América, y citan en su apoyo entre otras razones los estatutos que Juana I. de Nápoles dió para una casa de prostitucion de Avignon. Entre los que sostienen no haber sido importado este mal de América merecen citarse

Domenico Thiene, *Lettere sulla Istoria de Mali venerei, Venezia, 1823*; don Antonio Sanchez Valverde, *La América vindicada de la calumnia, etc.*, y ademas pueden consultarse los tratados de Villalobos, de Astruc, de Godofredo Hann, de Morron y de Chinchilla, y por último, la Historia de esta enfermedad recientemente publicada por Gutierrez de la Vega, donde se da cuenta de todas las opiniones.

tamente, y se negó á admitir sus dones, por lo menos mientras no fuese autorizado á ello por los reyes de España.

A este tiempo la guerra que por Rosellon habia ido encendiéndose entre españoles y franceses, y que sostenia como general de los nuestros don Enrique Enriquez de Guzman, habia tomado nuevo aspecto con la sorpresa que los franceses hicieron de la plaza marítima de Salsas, en ocasion que el monarca aragonés acababa de licenciar la mayor parte de sus tropas engañado por la conducta de Carlos VIII. Aquel acontecimiento movió á Enriquez de Guzman á ajustar treguas con el general francés desde mitad de octubre (1496) hasta la de enero (1497): lo cual produjo gran sensacion y desánimo en los coligados de Italia, cuyo pais trataba tambien de abandonar el emperador de Alemania, poco satisfecho del resultado del cerco que habia puesto á Liorna. Solo el papa Alejandro VI. se mantuvo entonces impertérrito é inexorable contra el francés, y como si se propusiera darle mas en ojos, concedió á Fernando é Isabel, reyes de Aragon y de Castilla, el título de *Reyes Católicos*, fundado en la piedad y personales virtudes de los menarcas, en el mérito de haber dado cima á la guerra de los moros y espulsado de España los infieles y judíos, en el servicio inmenso que prestaban á la religion propagando el nombre de Cristo por las islas del Océano y por las descubiertas regiones del Nuevo Mundo, en la pro-

teccion que dispensaban á la causa de la Iglesia en general, y en particular á la silla pontificia, y en otros no menos gloriosos títulos; cosa que no pudo ver sin celos y sin envidia el francés, orgulloso con el dictado que llevaba de *Cristianismo*, otorgado á su padre Luis XI. por el papa Pio II. (1).

No tardó el rey Católico en pagar esta honra al papa con un servicio que le prestó por medio del Gran Capitan. En tregua el monarca francés con España, aprestábase en la entrada de 1497 á invadir otra vez la Italia por mar y tierra, solicitado por los Fregosos de Génova contra el duque de Milan que contaba con el socorro de la armada española, y requería el favor de los de la liga. Pero en verdad los confederados cuidaban ya menos del bien general de Italia y de auxiliar á otros que de atender cada cual á su propio estado y defender sus fronteras. La liga no era ya lo que habia sido, á pesar de la cláusula de duracion de 25 años, y Florencia, Venecia, Milan y Roma estaban le-

(1) Zurita, rey don Hernando, lib. II. c. 40.—Abarca, Reyes de Aragon, don Fernando el Católico, cap. 9.

Este título de Católicos con que despues han seguido honrándose los reyes de España, le habian llevado ya dos monarcas españoles, Alfonso I. de Asturias en el siglo VIII. y Pedro II. de Aragon á principios del XIII., no por concesion de la Santa Sede, sino aplicado por sus mismos pueblos. Desde Fernando é Isabel es ya la denominacion y título especial que

distingue á los principes que ocupan el trono de esta nacion religiosa.

Al decir de Felipe de Comines, el papa Alejandro, en su irritacion contra el francés, quiso privarle del dictado de *Cristianismo*, y empezó á dárselo en algunos breves al español, pero de esto desistió por consejo y á instancia de los cardenales.—El papa Leon X. confirmó mas adelante este título á los reyes de España. Bullarium Aloysii, Guerra, tom. II.

jos de marchar de concierto ni de ser amigas; el rey de Romanos, sin renunciar á sus particulares é imaginarios proyectos, se retiraba á Alemania; entre Francia y España se trataba de una tregua, que habia de ser como el proemio de una paz general, para cuyas conferencias se designaban los meses de marzo á noviembre, y la familia de los Ursinos, con dinero y gente que habia llevado de Francia, hacia cruda guerra á su mortal enemigo el pontífice, y batió en Vasano á la gente de la Iglesia, quedando prisionero el duque de Urbino, y herido en el rostro el de Gandia, hijo del papa, cosa de que se alegraron mucho los venecianos, que aconsejaban al papa se concordase con los Ursinos, y por ser condicion natural de aquella nacion, como dice un historiador juicioso, sostener á los enemigos de sus amigos. Vióse, pues, el papa precisado á aceptar la concordia con la familia Ursina, que le podia dar muy gran molestia.

En tal situacion, y mientras se ajustaba la tregua entre los confederados, quiso Alejandro VI. recuperar á Ostia, el puerto de Roma, plaza ocupada por franceses desde el paso por ella de Carlos VIII., y defendida por cierto aventurero y gefe de foragidos llamado Menaldó Guerri, que desde allí hacia una guerra cruel al papa, y tenia reducido al mayor aprieto y necesidad al pueblo de Roma, interceptando y aprensando los víveres que podia recibir por el Tiber, sor- do á todos los partidos que el papa le proponia, é

insensible á las excomuniones que éste lanzaba. El pueblo romano clamaba por remedio á aquella situación angustiosa; el papa Alejandro volvió los ojos al rey católico de España, y Gonzalo de Córdoba, que se hallaba en Gaeta, fué llamado en auxilio de Roma y del pontífice. El Gran Capitan acudió presuroso al llamamiento del jefe de la Iglesia, y se puso con sus españoles sobre Ostia, guarida del bandido Guerri, resuelto á arrojar al tigre de su caverna. Fiado éste en la fortaleza y pertrechos de la plaza, desechó con soberbia á veces las primeras intimaciones de Gonzalo; en su vista el general español ordenó el ataque, y en cinco dias abrió una brecha practicable por donde los españoles se arrojaron al asalto. A tal tiempo el embajador de Roma, Garcilaso de la Vega, que con unos pocos españoles habia acudido presuroso en ayuda de sus compatriotas, escalaba con admirable valor los muros de la ciudad por otro lado. Sorprendidos y estrechados los franceses y bandidos por el frente y por la espalda, diéronse á partido, y el mismo Guerri se rindió á condicion de salvar la vida. Concediósele generosamente el Gran Capitan, mandó cesar la matanza, y se reservó al feroz y terrible prisionero para presentarle como trofeo al papa y al pueblo romano.

Hizo, pues, Gonzalo su entrada pública en la capital del orbe católico, donde fué saludado con universal aclamacion apellidándole el *libertador de Roma*; apeóse en el Vaticano para dar cuenta de su feliz es-

pedicion al papa, que le esperaba sentado en su solio, rodeado de su familia, de los cardenales y de toda la córte. Inclínose el vencedor á besarle el pie, pero el pontífice se levantó y besó en la frente á Gonzalo; y despues de manifestarle su gratitud por el gran servicio que le habia hecho, le dió por su mano la rosa de oro con que solian los papas decorar cada año á los beneméritos de la Santa Sede. Gonzalo le pidió solamente dos cosas, el perdon que habia ofrecido á Guerri, y la exencion para los habitantes de Ostia, que tanto habian sufrido, de un tributo que estaban obligados á pagar á la silla romana. Ambas demandas le fueron concedidas.

No fué tan amistosa y fraternal la escena que luego pasó entre el papa Alejandro y Gonzalo de Córdoba. Como al tiempo de despedirse éste le hablara el papa de los Reyes Católicos, y prorumpiese en algunas quejas contra su comportamiento, añadiendo la mal meditada espresion de que no lo extrañaba, «porque los conocia bien,» el general español con mucho ardor, pero tambien con mucha dignidad, replicó al pontífice, «que en efecto tenia motivos para conocerlos bien, y para no olvidar tan pronto los grandes servicios que les debia: que por defender su autoridad pontificia, atropellada por los franceses habian ido las armas españolas á Italia: que sin los buenos oficios de los españoles le hubieran impuesto la ley los Ursinos: que se acordára de lo que habia dicho hacia poco tiem-

po: *si las armas españolas me recobraran á Ostia en dos meses, debería de nuevo al rey de España el pontificado*, y que Ostia le habia sido recobrada, no en dos meses, sino en ocho días.» Y acalorándose el capitán español en su discurso, le dijo, «que le valiera mas no poner la iglesia en peligro con sus escándalos, profanando las cosas sagradas, teniendo con tanta publicidad cerca de sí y en tanto favor sus hijos, y que le requería reformase su persona, su casa y su córte, que bien lo necesitaba la cristiandad.» A tan ásperas reconvenções parece no halló palabras que contestar el pontífice, sobrecogido «y turbado, dice el jesuita Abarca, del esplendor vivo de la verdad, y enmudeció del todo, asombrado de que supiese apretar tanto con las palabras un soldado, y de que á un pontífice tan militar y resuelto hablase en Roma en su palacio, y rodeado de armas y parientes, un hombre no aparecido del cielo, en puntos de reforma, y con tan clara reprehension (1).»

Despidióse con esto Gonzalo del papa, y regresó á Nápoles, donde el rey don Fadrique le recibió con la mayor honra y magnificencia en uno de sus palacios, y agradecido á sus servicios, le dió el título de duque de Santángelo, asignándole dos ciudades en el Abruzzo, con siete lugares dependientes de ellas, y

(1) Abarca, Reyes de Aragon, Rey XXX. cap. 9.—Zurita, Hist. del Rey don Hernando, lib. III. c. 1, refiere lo mismo, y se pro-

duce en iguales términos.—Giovio, Vita Magni Gonsalvi, p. 222.—Guicciardini, Istoria, lib. III.—Chronica del Gran Capitan, c. 30.

hasta tres mil vasallos, diciendo «que era preciso dar una pequeña soberanía á quien era acreedor á una corona.» A poco tiempo tuvo Gonzalo que salir de Nápoles para acudir á Sicilia, que estaba alterada por las exacciones con que el virey Juan de Lanuza tenia sobrecargados los pueblos. «Allí, dice su biógrafo español, hizo el hermoso papel de pacificador, despues de haber tan dignamente ejercido el de guerrero; oyó las quejas, reformó los abusos, administró justicia, contentó los pueblos y fortificó las costas (1).» Todavía, sin embargo, le volvió á necesitar y á llamar don Fadrique para que le ayudara á la conquista de Diano, en el Principado citerior, única plaza que aun ocupaban los franceses, y que las armas de Nápoles no bastaban á reducir. Volvió, pues, el general español, y de tal manera y con tal vigor apretó el cerco, que á pesar de la tenacidad de los sitiados hubieron de rendirse á discrecion. Con esta hazaña coronó Gonzalo de Córdoba la cadena de triunfos que señalaron su primera expedicion á Italia, siendo de este modo el primero y el último que lanzó de aquel hermoso suelo los franceses.

Ya antes de este suceso habian hecho gran progreso las pláticas y negociaciones de tregua y paz entre Francia y España, y cruzádose muchas embajadas, propuestas, réplicas y contestaciones entre los soberanos de ambos reinos. Uno y otro la deseaban

(1) Quintana, Españoles célebres, El Gran Capitan.

ya, cada cual por sus motivos y fines; y don Ferrnando el Católico, espulsados de Italia los franceses, no tenia interés ni en proseguir las hostilidades con Francia, ni en sostener la liga, puesto que se hallaba descontento de los confederados, los cuales, ni habian cumplido sus compromisos, ni satisfecho los gastos de la guerra á que estaban obligados, ni cuidaban ya, pasado el peligro, sino de sacar provecho de la confederacion para sus particulares intereses. El emperador no habia penetrado por las fronteras del enemigo, segun sus jactanciosos ofrecimientos y con arreglo al tratado; el de Milan habia hecho su asiento particular con el rey Cárlos; Venecia, segun costumbre antigua de aquella república, no pensaba sino en asegurar para sí, so pretexto de indemnizacion de gastos, la parte de territorio que pudiera ocupar en el reino de Nápoles, y entraba en su política especuladora fomentar la enemistad entre España y Francia. Disgustado de este proceder el monarca español, consentia en la tregua con el francés, mas á pesar de las buenas disposiciones de ambos atravesábanse dificultades no pequeñas. Ni el uno ni el otro querian ceder ni renunciar al derecho que cada cual creia tener al reino y trono de Nápoles. El francés desechaba la idea de paz general, al propio tiempo que instaba por ajustarla especial con España y el imperio, y Ferrnando no accedia á ella sino comprendiendo á todos los confederados. Aun en el caso de partir entre sí las dos

potencias el reino de Nápoles, proyecto que entró ya en las pláticas, disentian sobre la parte que se habia de adjudicar á cada uno, lo cual dió ocasion á muchas conferencias y altercados que tuvieron los embajadores respectivos en diferentes puntos. Resentíanse los coligados de no ser llamados á intervenir en aquellas negociaciones, y algunos, como Venecia, trabajaban cuanto podian por impedir la concordia.

Traslucíase en Ferrnando el Católico, por mas que lo disimulára, el pensamiento que alimentaba de reclamar para sí algun dia y en ocasion oportuna los derechos á la corona de Nápoles, puesto que ni los reyes ni el pueblo aragonés podian ver sin disgusto ocupado un trono conquistado con sus tesoros y su sangre por una rama bastarda. Ademas don Fadrique habia sido elevado con ayuda de los angevinos, antiguos enemigos de la casa de Aragon, y aun procuró Ferrnando que el papa no le diese la investidura, lo cual no logró por los intereses y relaciones de casamientos que enlazaban al pontífice con la familia real de Nápoles. La tregua se iba prolongando, pero al fin, antes de ajustarse la paz, falleció casi repentinamente en Amboise el rey Cárlos VIII. de Francia (7 de abril, 1498), sucediéndole en el trono el duque de Orleans con el nombre de Luis XII., príncipe que abrigaba otros pensamientos y otras afecciones, y cuya elevacion fué causa, como veremos, de que tomaran otro

giro los asuntos de Europa ⁽¹⁾. A pesar de las desfavorables disposiciones del nuevo monarca francés hacía el rey de España, de tal modo y con tal perseverancia y abinco trabajaron los embajadores de éste, y en especial el clavero de Calatrava don Alonso de Silva en favor de la concordia, que por último Luis XII., llevado sin duda de su máxima favorita: «*el rey de Francia novenga los agravios del duque de Orleans,*» accedió á firmar un tratado definitivo de paz con los reyes de Castilla y Aragon (5 de agosto, 1498).

Las principales cláusulas de este tratado fueron: que ambos reyes se ayudarían para conservar sus respectivos estados, contra cualesquiera otros que intentasen hacerles guerra, sin exceptuar á ninguno sino al Sumo Pontífice: que si el rey de Francia quisiese mover guerra al de Romanos, á los de Inglaterra, Portugal, ó Navarra, ó al archiduque, pudiese el rey Católico ayudarlos solamente á la defensa de sus estados ⁽²⁾. Estrañóse mucho el silencio que en esta concordia se guardó respecto del rey de Nápoles, á quien

(1) Fué notable la muerte de Carlos VIII. Queriendo presenciar una partida de pelota que estaban jugando sus cortesanos, fué á atravesar un callejón bastante infecto y hediondo; la puerta era tan baja y la galería tan oscura, que se dió un golpe en la frente. El suceso no causó inquietud, puesto que estuvo el rey largo rato viendo el juego y conversando con los que le rodeaban; pero de repente cayó de espaldas atacado

de apoplejía, sin dar lugar sino para llevarle á un pobre pajar inmediato, donde se le acostó. Acudió toda la corte, acudió también su confesor el obispo de Angers, pero no recobró ya el habla, y á las nueve horas espiró en aquel humilde y miserable lugar, á los 27 años de su edad.

(2) Comines, Memoires, libro VIII, c. 23.—Zurita, Rey don Fernando, lib. III, c. 26.

parecía dejar el de España espuesto á las iras de un príncipe tan belicoso y astuto como Luis XII., y á la venganza del papa Alejandro, irritado contra el de Nápoles por negarse éste á dar su hija en matrimonio al cardenal César Borgia, hijo del papa, que con acuerdo de su padre quería trocar la mitra y el capelo por el lecho conyugal, con no poco escándalo del mundo cristiano. Don Fadrique de Nápoles se había obligado á satisfacer á los reyes de España los gastos ocasionados en la guerra, para cuya seguridad les hipotecó seis plazas en la Calabria, de que se posesionó y en que dejó guarnición de españoles Gonzalo de Córdoba.

Tal fué el término que tuvo por parte de Francia y de España la primera guerra de Nápoles, en que Fernando el Católico se acreditó ante toda la Europa y ganó grande reputación de político, cauto, y hasta artificioso, de inteligente y activo, de diplomático astuto y sutil; en que dejó envolverse al rey de Francia para perderle; en que hizo el papel de deudo agraviado y de defensor de la Iglesia, y en que supo dejar bien preparado el campo de Italia para sus designios ulteriores.

Gonzalo de Córdoba, concluida por entonces su misión de Italia, despues de haber sido guerrero victorioso en Calabria, prudente pacificador en Sicilia, y consejero discreto de don Fadrique en Nápoles, regresó á su patria con la mayor parte de las tropas

que le habían asistido en la campaña, y fué recibido con aplauso y entusiasmo general en Castilla. La reina Isabel se felicitaba con orgullo de haber escogido y enviado á la empresa de Nápoles á quien volvía con el glorioso y merecido título de *Gran Capitan*, y Fernando no tenía reparo en decir, que las victorias de Calabria y la reduccion de Nápoles hacian tanto ó mas honor á su corona que la conquista de Granada (1).

(1) El señor William Prescott, en su historia del reinado de los Reyes Católicos, hablando de estas primeras guerras de Italia, dice: «Hasta entonces habían estado los españoles encerrados en los estrechos límites de la Península, sin pensar ni tomar mucho interés en los sucesos del resto de Europa. *Until that time, they had been cooped up within the narrow limits of the Peninsula, uninstructed and taking little interest in the concerns of the rest of Europe.*» Part. second, chapt. 1.

No es la primera vez que el ilustrado historiador anglo-americano se ha espesado en el propio sentido, y parece haber formado cierto empeño en pintar á la España anterior á la época de los Reyes Católicos como encerrada dentro de sí misma y completamente estraña á los sucesos y cuestiones de Europa. Error grave que no podemos menos de rectificar.

Parece haber olvidado el señor Prescott, (y no queremos, aunque pudiéramos bien, remontarnos á tiempos mas remotos) el enlace de la casa de Aragon con la de Sicilia en tiempo de don Jaime el Conquistador (siglo XIII.): su expedición á la Tierra Santa, su asistencia al Concilio general de Lyon, y sus desabrimientos con el papa:

Las negociaciones de Alfonso el Sabio de Castilla (siglo XIII.) en reclamacion de sus derechos á la corona imperial de Alemania, sus viages y entrevista con el pontífice, y la parte que en esta cuestion tomaron en pró ó en contra del rey de Castilla casi todos los soberanos y príncipes de Europa:

Las expediciones de Pedro III. de Aragon (siglo XIII.) á Sicilia, á Nápoles y á Francia, sus guerras con los príncipes de la casa de Anjou y con el monarca francés Felipe el Atrevido, los combates navales entre napolitanos y franceses contra catalanes y sicilianos, las campañas y triunfos del aragonés en Sicilia, en Calabria y en Rosellon, y sus ruidosas desavenencias con la Santa Sede:

Las relaciones diplomáticas de Alfonso III. de Aragon (siglo XIII.) con los soberanos de Roma, Sicilia, Francia ó Inglaterra, los congresos políticos promovidos por él en Oloron y Canfranc, y las capitulaciones de la paz general de Tarascon:

Los tratos y relaciones esteriores de Jaime II. (siglo XIV.), la guerra de Calabria, los triunfos de aragoneses y sicilianos sobre los franceses, el tratado de Anagni, las batallas de Siracusa, Falconara y Cabo Orlando, y la espe-

dicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos:

La guerra marítima y los combates navales entre catalanes y genoveses en tiempo de Alfonso IV. (siglo XIV.), la revolucion de Cerdeña, la intervencion del papa y de casi todas las potencias y potentados italianos:

Las alianzas, paces, rompimientos y tratados de Pedro IV. (siglo XIV.) con diversos soberanos y príncipes de Europa, la célebre batalla naval entre catalanes, genoveses, venecianos y griegos en las aguas de Constantinopla, la oposicion del pontífice, la insistencia del aragonés, y el continuo envio de armadas á Cerdeña y á Sicilia:

El triunfo de una flota castellana en tiempo de Enrique II. (siglo XIV.) en la costa de Francia, y la prision del almirante inglés:

La parte que tomaron y la influencia grande que ejercieron los reyes y los prelados de Castilla y Aragon en el asunto del cisma de la Iglesia (siglo XIV. y XV.) en las córtes de Europa, en Roma, en los concilios de Pisa, de Perpiñan, de Constanza, de Basilea y de Ferrara, sus tratados con el papa, con el rey de Francia, con el emperador y rey de romanos, y su influjo en el restablecimiento de la unidad de la iglesia:

Las reciprocas embajadas del Gran Tamorlan y Enrique III. de Castilla (siglo XV.) y la conquista de Canarias:

La de Nápoles por Alfonso V. de Aragon (siglo XV.), sus guerras en Italia y en Francia, relaciones y tratados con los pontífices, con la reina de Nápoles, con los duques de Anjou, con los de Milan, con las repúblicas de Génova, Florencia y Venecia, la paz universal de Italia y la confederacion general de los príncipes cristianos contra el turco, promovida por el español:

Las relaciones, tratos y guerras de Juan II. con Luis XI. de Francia (siglo XV.): y con los duques de Anjou, sus confederaciones con los reyes de Inglaterra y de Nápoles, con los duques de Saboya y de Milan, la recuperacion del Rosellon, etc., etc.

Creemos que bastan estos ligeros recuerdos (que podríamos prolongar cuanto quisiéramos) de sucesos que quedan esplanados en nuestra historia, para demostrar cuán inexacto es que los españoles hubiesen estado hasta fines del siglo XV. encerrados en los estrechos límites de la Península, sin pensar ni tomar parte en los sucesos del resto de Europa, como afirma el historiador de los Reyes Católicos, William Prescott.